

NARRATIVA DE CORDELIA





Mujeres y Deseo en el Decamerón



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2026

Edita: Reino de Cordelia



@reinodecordelia



facebook.com/reinodecordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Ilustración de sobrecubierta: Detalle de *La hermosa dama despiadada* (1901), de Frank Diksee

Ilustración de cubierta: Detalle de *El jardín encantado* (1916-1917), de John William Waterhouse

Ilustración de guardas: *Escena de la narración del Decamerón* (1906), de Salvatore Postiglione

Traducción, selección y prólogo de © Mita Valvassori, 2026

IBIC: FC | Thema: FBC

ISBN: 979-13-87599-53-9

Depósito legal: M-18318-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



Mujeres y Deseo en el Decamerón

Giovanni Boccaccio

Traducción, selección y prólogo de
Mita Valvassori





El caballero errante, de John Everett Millais.



Índice

PRÓLOGO	9
1. PLACER: APRENDER A DESEAR	15
Alibech (III, 10)	17
Las monjas y el hortelano (III, 1)	25
Caterina (V, 4)	35
La mujer de Pietro de Vinciolo (V, 10)	43
2. PALABRA: CONSTRUIR EL DESEO	55
Doña Oretta (VI, 1)	57
La marquesa de Monferrato (I, 5)	61
La dama guascona (I, 9)	65
la dama astuta (III, 3)	67
Doña Tessa (VII, 3)	79
Lidia (VII, 9)	87
Doña Beatriz (VII, 7)	101
3. LIBERTAD: DEFENDER EL DESEO	111
Doña Filippa (VI, 7)	113
Doña Francesca (IX, 1)	117
Peronella (VII, 2)	125
Doña Sismonda (VII, 8)	131
La monja Isabetta (IX, 2)	143

4. VOLUNTAD: REAFIRMAR EL DESEO	149
Ghismonda (IV, 1)	151
Lisabetta (IV, 5)	165
Doña Bartolomea (II, 10)	171
Doña Dianora (X, 5)	183
POSFACIO	189



Ninfa junto a una charca (1910), de Reginald Granville Eves.



Prólogo



EEER EL *DECAMERÓN* supone adentrarse en un universo narrativo de una riqueza y una complejidad extraordinarias. En sus cien cuentos circulan hombres y mujeres de toda condición, se cruzan deseos, conflictos, astucias y violencias, y se despliega una galería humana tan amplia como contradictoria. Esta antología no pretende sustituir ni reducir esa diversidad, sino proponer una lectura parcial y deliberada: observar qué sucede cuando se pone el foco en las mujeres y en las distintas formas que adopta su deseo dentro del mundo narrativo de Boccaccio.

Las mujeres que desfilan por estas páginas intervienen, deciden, responden y actúan, siempre en relación —y a menudo en fricción— con los hombres y con el orden social que las rodea. Si bien se trata de una muestra del *Decamerón* que no pretende ser exhaustiva, la lectura de esta selección de historias ofrece una experiencia que da cuenta de los muchos matices de la realidad que la obra logra plasmar.

Boccaccio escribe el *Decamerón* declarando desde el *Proemio* una intención clara: ofrecer consuelo y alivio a quienes sufren por



Ilustración de una edición del *Decamerón* publicada en Venecia hacia 1492.



*El banquete en el pinar (1482-1483),
tercera pintura en la serie
de Sandro Botticelli dedicada
a ilustrar el Decamerón.*



amor, especialmente a las mujeres, más expuestas a la vigilancia familiar y a la falta de libertad. Frente a la tradición medieval de los cuentos ejemplares, que solían convertir a las mujeres en advertencias o escarmientos al servicio de una moraleja explícita, el autor florentino adopta otra posición. Partiendo de relatos ya conocidos en su época, procedentes de la tradición oral y escrita, Boccaccio introduce un cambio decisivo: desplaza el juicio moral, atiende a los claroscuros de la experiencia humana y renuncia a imponer una lección. En lugar de juzgar, se detiene en las circunstancias concretas que llevan a los personajes a actuar como lo hacen; el resultado es una mirada atenta, a veces cruda, otras irónica, pero siempre profundamente humana.

Desde esta perspectiva, las mujeres del *Decamerón* no aparecen solo como objetos del deseo masculino, sino también —y de manera insistente— como sujetos deseantes. El deseo femenino va más allá del impulso erótico: es deseo de placer, de espacio, de reconocimiento, de coherencia consigo mismas. Esta pluralidad de figuras y situaciones permite leer el deseo como una fuerza narrativa que organiza las acciones y pone de manifiesto las tensiones del mundo social.

Un rasgo decisivo de estos relatos es la asociación constante entre deseo y palabra. Las mujeres más deseadas son también, con frecuencia, las más lúcidas, las más rápidas en la réplica, las más capaces de leer una situación y de intervenir en ella. La astucia, la ironía, la capacidad de construir ficciones que cambian la realidad o de imponer un límite mediante el lenguaje, se convierten en formas de poder cotidiano. Boccaccio, lejos de condenar estas estrategias, las presenta como respuestas eficaces dentro de un mundo que no concede a las mujeres una posición de igualdad.

Esta mirada se ve reforzada por el propio proyecto literario del *Decamerón*. Los cien cuentos que lo componen se narran en el seno de una comunidad —la *brigata*— en la que las mujeres son mayoría —siete de diez— y ocupan un lugar central como narradoras y oyentes. Este grupo de jóvenes de la alta sociedad florentina del siglo XIV, que se retira al campo para huir de la devastación causada

por la peste negra, recrea un orden alternativo al caos de la ciudad. En ese espacio de calma recuperada, el acto de la narración es esencial y se rige por reglas precisas: cada jornada tiene un tema y la palabra se distribuye bajo la guía de un rey o una reina que cambia a diario. Aunque esta antología ofrece solo un fragmento de una obra mucho más amplia y compleja, se han conservado los inicios de los cuentos, donde el rey o la reina de la jornada da la palabra al narrador, que suele comenzar haciendo alusión al tema del día o a lo que acaban de escuchar. Esta huella del marco narrativo recuerda al lector que cada historia nace de un acto de narración compartida, verdadero eje vertebrador de todo el *Decamerón*.

La selección y organización de los cuentos que aquí se presentan no responde a la estructura original de la obra, sino a una lectura contemporánea centrada en la función que desempeña el deseo en relación con los personajes femeninos, más allá de la interpretación —muy asentada en España durante siglos— que ha privilegiado lo erótico y lo cómico como claves de lectura casi exclusivas del *Decamerón*. El volumen se articula en cuatro apartados que recorren distintas modalidades: el deseo como aprendizaje corporal y placer sin culpa; el deseo construido mediante la palabra y la astucia; el deseo en conflicto con la norma, la ley o la autoridad masculina; y, finalmente, el deseo como afirmación del yo, incluso cuando adopta la forma de una negativa o conduce a un desenlace trágico. Leídos en conjunto, los relatos aquí reunidos muestran que Boccaccio no absuelve ni condena a sus personajes femeninos, no



Retrato de Giovanni Boccaccio (c.1560)
por Cristofano dell'Altissimo.

propone ejemplos edificantes ni castigos ejemplares. Reconoce que las fuerzas del deseo y de la naturaleza humana actúan sobre mujeres y hombres por igual, aunque ellas no disponen de las mismas condiciones para vivirlas; de esa asimetría nacen la astucia, la rebeldía, la perseverancia o la negativa.

La presente antología se compone de traducciones literarias de los relatos aquí reunidos. No se trata de una traducción académica, sino de una versión pensada para un lector contemporáneo en un castellano actual. La ausencia de notas y explicaciones externas responde a la convicción de que estos cuentos deben poder leerse hoy como textos vivos, capaces de sostenerse por sí mismos y de seguir ofreciendo una experiencia significativa al lector contemporáneo.

A esta experiencia lectora contribuye la selección de ilustraciones que acompaña el volumen. Procedentes en su mayoría de la pintura británica de la segunda mitad del siglo XIX, estas obras dialogan con el universo de Boccaccio desde su propia estética. Para las corrientes artísticas de esa época, especialmente para la escuela prerrafaelita, la representación de la figura femenina fue un pilar fundamental, legándonos imágenes que hoy siguen vivas en nuestro imaginario. No obstante, esas obras encarnan la mirada nostálgica de la era victoriana, que volvía la vista al pasado para idealizar los códigos del amor cortés y las grandes leyendas literarias. Frente a esa tendencia, esta antología propone un juego de espejos: regresar directamente al texto del siglo XIV (sin apoyo de notas o glosarios) para releer a algunas de las protagonistas del *Decamerón* desde una sensibilidad actual. Así, al contraponerse a la lectura, la belleza melancólica de esas pinturas también recobra vida, dejando espacio al ingenio y a la voz de una galería de mujeres que se afirman como dueñas de sus propios relatos. 🌸

MITA VALVASSORI

I. PLACER: Aprender a desear

EN LOS RELATOS del *Decamerón* que abren esta antología el deseo femenino aparece como una experiencia corporal orientada al placer. A veces ingenuo, a veces cómico, a veces sorprendentemente lúcido, el placer se presenta como una parte intrínseca e ineludible de la naturaleza humana —más allá del género— y como una dimensión legítima de la vida femenina en un mundo que tiende a encerrar a las mujeres y a negarles espacios de acción. Más que juzgar, Boccaccio invita a comprender cómo se aprende a desear cuando nadie ha enseñado a hacerlo.

Los cuentos aquí reunidos permiten leer el deseo femenino como un proceso de aprendizaje que adopta formas muy diversas. El recorrido parte de la ingenuidad de Alibech, que se entrega al placer sin conciencia ni culpa; pasa por el descubrimiento del placer que hacen unas jóvenes monjas siguiendo su curiosidad; explora después el deseo vigilado de Caterina, vivido con candidez e ingenio dentro de los márgenes de la norma social; y desemboca finalmente en una forma de placer más compleja y sorprendentemente moderna con la historia de la mujer de Pietro da Vinciolo, en la que el goce no se niega, sino que se reivindica y se reorganiza cuando el matrimonio no ofrece una respuesta satisfactoria.

En estas historias el deseo no aparece como desvío ni como falta, sino como un aprendizaje. Las protagonistas conocen sus cuerpos, reconocen el placer y lo buscan cuando no se les concede; y contra lo que cabría esperar de un texto medieval, no sienten culpa alguna por hacerlo. 🌿



Retrato de la señorita Edwards, de Joanna Mary Boyce.



ALIBECH (III, 10)

Aprende de un ermitaño la mejor forma de servir a Dios

DIONEIO, COMO LOS DEMÁS, había escuchado con atención el cuento de la reina de la jornada y cuando esta terminó, dado que solo quedaba él, no esperó a que se lo pidiera y comenzó a hablar sonriendo:

—Gentiles damas, nunca os han contado cómo meter al diablo en el Infierno, así que yo os lo quiero decir, porque tal vez sea bueno para vuestras almas aprenderlo. Oiréis además cómo Amor, aunque prefiere los palacios suntuosos y las lujosas alcobas a las chozas humildes, a veces manifiesta su poder también en los espesos bosques, en las montañas frías o en las cuevas desiertas. Eso demuestra que todas las cosas y todas las personas están sujetas a su fuerza.

En la ciudad de Gafsa, cerca de Túnez, vivía un hombre riquísimo que tenía, entre otros hijos, una hermosa y encantadora joven-cita, cuyo nombre era Alibech. Esta, que era de familia musulmana, había oído a los muchos cristianos de su ciudad hablar tan bien de la fe cristiana y de la vida al servicio de Dios, que sintió curiosidad por saber más. Un día le preguntó a un cristiano de qué manera se podía servir al Señor más fácilmente y él le respondió que la mejor forma de hacerlo era huir de las tentaciones mundanas, como hacían aquellos que se habían retirado a las zonas desérticas de la Tebaida.

Alibech tenía unos catorce años y por tanto era aún muy ingenua. No fue precisamente una vocación repentina ni un deseo medi-

tado, sino más bien un impulso juvenil lo que la impulsó a partir una mañana hacia el desierto de la Tebaida, completamente sola y sin haberle dicho nada a nadie.

A pesar de lo duro que fue el viaje, aquel ímpetu no cedió y, después de varios días, llegó a los parajes solitarios de los ermitaños. A lo lejos vio una casita y se dirigió hacia ella; en la puerta había un hombre santo que, al verla, se sorprendió mucho y le preguntó qué andaba buscando. Ella respondió que, inspirada por Dios, quería ponerse a su servicio y buscaba a alguien que le enseñara cómo hacerlo de la mejor manera.

El buen hombre, viéndola tan joven y atractiva, tuvo miedo de que, si la retenía allí con él, el demonio se sirviera de ella para tentarlo. Así que, tras elogiar su buena intención y haberla alimentado con agua, raíces y frutos silvestres, le dijo:

—Hija mía, no muy lejos de aquí hay un hombre santo que, para lo que tú buscas, es mucho mejor maestro que yo. Ve con él.

Le indicó el camino y Alibech se puso de nuevo en marcha hasta encontrarlo; sin embargo, con las mismas palabras, él también la envió a otro. La muchacha siguió adelante y llegó a la celda de un joven ermitaño llamado Rústico, hombre bueno y muy devoto, a quien Alibech hizo la misma petición. Esta vez el religioso, queriendo poner a prueba su propia fortaleza, no la envió lejos como habían hecho los otros, sino que la acogió en su celda. Al llegar la noche, le preparó un lecho de hojas de palma en un rincón y le dijo que podía dormir allí.

Después de esto, muy pronto comenzó para el joven Rústico la batalla entre las tentaciones de los sentidos y su fortaleza espiritual; y no hicieron falta muchos asaltos para que se rindiera por completo. Abandonados los pensamientos santos, las oraciones y las penitencias, no podía pensar en otra cosa que no fuera la lozana belleza de aquella muchacha; y al mismo tiempo pensaba en qué podía hacer para estar con ella sin que esta se diera cuenta de que él era en realidad un hombre disoluto. Comenzó haciéndole algunas preguntas muy discretas y descubrió que nunca había estado con un hombre y que era tan ingenua que no sería difícil llevar a cabo

su plan; se le ocurrió entonces cómo podría satisfacer sus deseos haciéndole creer que era una forma de servir a Dios. Antes de nada, le habló largo y tendido del demonio y de cuán enemigo era de Nuestro Señor, y que no había por tanto servicio más grato para Dios que meter al diablo en aquel Infierno al que Dios mismo lo había condenado.

Alibech le preguntó cómo se podía hacer eso, a lo cual él respondió:

—Pronto lo sabrás: basta con que hagas las mismas cosas que me veas hacer.

Empezó a desnudarse de los pocos vestidos que llevaba hasta quedarse completamente desnudo, y lo mismo hizo la muchacha; se puso entonces de rodillas ante ella, como si se dispusiera a rezar, y le pidió que se quedara de pie frente a él. Estando el monje en aquella posición y viéndola tan hermosa, se encendió aún más su deseo, así que se produjo la resurrección de la carne. Alibech se dio cuenta y, muy sorprendida, dijo:

—Rústico, ¿qué es esa cosa que veo que te sale así hacia afuera y que yo no tengo?

—Esto, hija mía —le respondió—, es el diablo del que te he hablado. ¿Ves cómo me está molestando ahora? Créeme, apenas puedo soportarlo.

La joven entonces dijo:

—¡Alabado sea Dios, porque veo que estoy mejor que usted, ya que yo no tengo ese diablo!

A lo que él respondió:

—Tienes razón. Pero tú tienes algo que yo no tengo, y lo tienes justo en el mismo lugar donde yo tengo el diablo.

—¿Y qué sería? —preguntó Alibech, intrigada.

—El Infierno —respondió Rústico—. Creo que el Señor te ha enviado aquí para salvar mi alma porque, si el diablo sigue atormentándome así y tú te apiadas de mí, dejando que lo meta en el Infierno, me darás gran alivio y de ese modo también harás un gran servicio a Dios, si es cierto que por eso has venido aquí.

La joven, de buena fe, respondió:

—Padre mío, puesto que yo tengo el Infierno, que sea cuando usted quiera.

—¡Bendita seas, hija mía! —exclamó Rústico—. Vayamos entonces a meterlo ahí, para que al fin me deje en paz.

E inmediatamente la hizo acostarse en uno de sus jergones y le enseñó lo que debía hacer para encarcelar a aquel maldito de Dios.

La joven, que en su Infierno nunca había metido ningún diablo, sintió un poco de dolor, por lo que le dijo a Rústico:

—Desde luego, padre mío, este demonio debe de ser muy malo, un verdadero enemigo del Señor, porque incluso cuando se mete en el Infierno hace daño, y no solo a usted, sino también a mí.

Entonces Rústico le dijo:

—Hija mía, no siempre será así.

Y para asegurarse de que no fuera siempre así, lo volvieron a meter allí seis veces antes de levantarse, tanto que al final le quitaron de la cabeza toda su soberbia y consiguieron que se quedara tranquilo. Pero después le volvió una y otra vez, y la joven, obediente, siempre estuvo dispuesta a quitársela. Así fue como el juego terminó por gustarle y le confesó a Rústico:

—Veo que estaban en lo cierto aquellos que en Gafsa decían que servir a Dios es algo tan agradable. Tanto es así, que creo que nunca he hecho nada que me haya dado tanto placer y deleite como meter el diablo en el Infierno; por eso pienso que cualquiera que se dedique a algo distinto del servicio de Dios es realmente una bestia.

Comenzó entonces a ser ella quien lo solicitaba cada vez más a menudo, diciéndole:

—Padre, yo he venido aquí para servir a Dios, no para estar ociosa: vamos, pues, a meter de nuevo el diablo en el Infierno.

A veces, después de haber servido a Dios, le decía:

—Rústico, no sé por qué el diablo huye del Infierno, porque si estuviera ahí tan a gusto como el Infierno lo recibe y lo retiene, nunca saldría de ahí.

Así pues, las frecuentes invitaciones de Alibech, que exhortaba a Rústico a servir a Nuestro Señor, acabaron por dejarlo blando



*El árbol del perdón (1880),
de Edward Burne-Jones.*

como un jubón al que le hubieran quitado el relleno de algodón. El monje se debilitó hasta el punto de tener escalofríos cuando otro habría sudado y comenzó a decirle a la joven que el diablo solo debía ser castigado y metido en el Infierno cuando por soberbia levantara la cabeza.

—Y nosotros, por la gracia de Dios —añadía—, lo hemos domado tanto que ahora le ruega a su enemigo que le dé un poco de paz.

De este modo logró imponer un poco de silencio y descanso a Alibech. Esta, viendo que ya no se le pedía meter el diablo en el Infierno, un día le dijo:

—Rústico, si su diablo está castigado y ya no molesta, ahora es mi Infierno el que no me deja en paz. Así que hará usted bien en ayudarme con su diablo a calmar la rabia de mi Infierno, como yo con mi Infierno le he ayudado a quitarle la soberbia a su diablo.

Rústico, que vivía de raíces y agua, no estaba en condiciones de responder debidamente a lo que la joven le pedía; le dijo que harían falta demasiados diablos para apagar las llamas del Infierno, pero le prometió que haría todo lo posible. Y así volvió a satisfacerla, pero tan raramente que era como echar un haba en la boca de un león. Alibech se quejaba de ello, en voz baja pero a menudo, pues le parecía que no estaba sirviendo a Dios tanto como hubiera querido.

Mientras seguía la disputa que os he contado entre el diablo de Rústico y el Infierno de Alibech, por exceso de deseo de una y escasez de fuerza del otro, ocurrió que en Gafsa se desató un enorme incendio. La casa de la joven quedó reducida a cenizas y murieron su padre, sus hermanos y todos los parientes que se encontraban allí; Alibech se convirtió por tanto en la única heredera de los bienes familiares. Al enterarse de que la heredera estaba viva, un joven llamado Neerbale, que se había quedado sin blanca por haber querido siempre hacer alarde de su grandeza, se puso a buscarla y, antes de que el tribunal declarara a su padre fallecido sin herederos y confiscara sus bienes, logró encontrarla. Para gran alivio de Rústico y gran disgusto de la muchacha, se la llevó, la condujo de vuelta

a Gafsa y se casó con ella, haciéndose así con su cuantioso patrimonio. Antes de la boda, cuando el matrimonio aún no se había consumado, algunas mujeres quisieron saber de Alibech de qué manera había servido a Dios en el desierto. Ella respondió que lo había hecho, metiendo el diablo en el Infierno, y añadió que Neerbale había cometido un grave pecado al apartarla de tan santo servicio. Las mujeres le preguntaron entonces cómo se mete el diablo en el Infierno y la joven, en parte con palabras y en parte con gestos, se lo explicó. Ante tal respuesta, ellas se echaron a reír —y creo que siguen riéndose todavía— y la tranquilizaron:

—No te preocupes, hija mía, no hace falta irse al desierto porque eso que dices se hace también aquí. ¡Ya verás lo bien que sabrá Neerbale servir a Dios contigo!

La historia pasó de boca en boca y dio la vuelta a la ciudad. Eso de que el servicio más placentero que se puede hacer a Dios sea «meter el diablo en el Infierno» se convirtió pronto en una expresión tan conocida que cruzó el mar y llegó hasta nosotros, que aún hoy la utilizamos.

Por tanto, vosotras, jóvenes damas que como todos necesitáis de la gracia de Dios, aprended bien a meter el diablo en el Infierno, porque es acción sumamente grata al Señor así como placentera para ambas partes, hombre y mujer, y de ella no puede sino nacer el bien. 🐼



Reflexiones del convento (1850-1851), de Charles Allston Collins.



LAS MONJAS Y EL HORTELANO (III, I)

Descubren el placer en el convento



OMENZÓ FILÓSTRATO, obedeciendo a la reina de la jornada:
—Bellísimas señoras, hay muchos hombres y mujeres tan necios que creen firmemente que, en cuanto a una joven se le pone el hábito negro y la toca blanca sobre la cabeza, deja de ser mujer y ya no siente apetitos femeninos, como si hacerse monja la volviera de piedra. Y si llega a sus oídos algo que contradice esa absurda convicción, se escandalizan como si se hubiese cometido un pecado execrable y contra natura. Parece que no piensan en sí mismos y en cómo ni siquiera la plena libertad de la que ellos disponen logra saciarlos; ni piensan tampoco en cuán poderosos pueden ser el ocio y las tentaciones. Igualmente necios son quienes creen que la azada y la pala, las comidas toscas y las penurias, eliminan por completo los deseos carnales de los trabajadores de la tierra o los privan de su ingenio y de su astucia para obtener lo que quieren. Pues bien, como la reina me ha elegido primer narrador de esta jornada, quiero mostraros cuánto se equivocan con un breve cuento.

En nuestra región había (y aún hay) un convento que goza de fama de ser una verdadera forja de santidad; tan célebre es, que no lo nombraré para no disminuir ni un ápice tal reputación. Me limitaré a decir que en aquel monasterio no hace mucho tiempo que vivían ocho monjas con su abadesa, todas ellas jóvenes, y un buen hombrecillo llamado Nuto, que se encargaba del huerto y del her-

moso jardín del convento. Pero como el salario ya no le satisfacía, ajustadas las cuentas con el administrador del monasterio, dejó el trabajo y se volvió a su pueblo, Lamporecchio, en la provincia de Pistoia. Allí, entre los otros amigos que fueron a saludarlo, había también un tal Masetto, un joven fornido, robusto y de buen parecer, en la medida en que puede serlo un campesino. Este preguntó a Nuto dónde había estado todo aquel tiempo y él se lo contó; luego, quiso saber cuál había sido su trabajo en el convento.

—Cuidaba el gran y hermoso jardín que tienen —respondió—. A veces iba a por leña o sacaba agua del pozo y hacía otros pequeños encargos, pero las mujeres me pagaban tan poco que no me alcanzaba ni para comprarme un par de zapatos. Además, todas ellas son jóvenes y parece que tienen el diablo en el cuerpo, pues no se puede hacer nada que no sea a su manera. Cuando trabajaba en el huerto, una decía: «Esto hay que plantarlo aquí»; y otra: «Esto, allá»; y otra más me quitaba la azada de las manos diciendo: «Así no está bien, en absoluto». Me molestaban tanto que tenía que dejarlo todo y marcharme del huerto. En fin, entre una cosa y otra, ya no aguantaba más y por eso me vine. Cuando dejé el convento el administrador me pidió que, si conocía a alguien dispuesto y capaz de sustituirme, se lo mandara y yo le prometí que lo haría. Pero que Dios le guarde los riñones, que no pienso buscar a nadie ni mucho menos mandárselo.

Las palabras de Nuto despertaron en Masetto tal deseo de ir a aquel convento de monjas que casi se derretía al escucharlas, y por lo que había dicho su amigo, le pareció que no sería difícil lograr lo que quería. Sin embargo, sabiendo que no alcanzaría su propósito si le revelaba sus intenciones, le dijo:

—¡Hiciste muy bien en marcharte! ¿Acaso se ha visto jamás un hombre en medio de tantas mujeres? Es mejor estar con demonios que con ellas, que seis de cada siete veces ni siquiera saben lo que quieren.

En cuanto terminó la conversación, Masetto empezó a pensar cómo podría arreglárselas para estar con aquellas monjas. Todo lo que Nuto había dicho que hacía en el convento también él sabía



Ferdinand seducido por Ariel (1850), de John Everett Millais.

hacerlo, así que ese no era el problema; lo que le inquietaba era que no lo dejaran entrar al verlo tan joven y de buen parecer. Después de darle muchas vueltas, se le ocurrió una idea: «El monasterio está bastante lejos y allí no me conoce nadie: si soy capaz de fingirme mudo, seguro que me admitirán».

Convencido de que su plan iba a resultar, se echó un hacha al hombro y, sin decir a nadie adónde iba, se encaminó hacia el convento aparentando ser un pobre hombre. Una vez allí, entró y en el patio se encontró por casualidad con el administrador. Haciéndose entender con gestos, le pidió comida por amor de Dios y, a cambio, se ofreció para partir leña, si hacía falta. El hombre le dio de buen grado algo para comer y luego le puso delante unos troncos que Nuto no había conseguido partir; Masetto, que era muy fuerte, en un momento los hizo pedazos. Después lo llevó consigo al bosque, le hizo cortar leña y cargarla en el lomo de un asno; y comunicándose él también con gestos, le dio a entender que debía llevar la bestia hasta el convento. El joven hizo sin dificultad, por lo que el administrador lo tuvo varios días para encargarle algunas tareas que hacían falta.

Un día, por casualidad, la abadesa vio al recién llegado y preguntó al administrador quién era.

—Señora —respondió él—, es un pobre sordomudo que vino aquí a pedir limosna. Yo le di de comer y a cambio le pedí que hiciera algunas tareas que hacían falta. Si supiera también labrar el huerto y quisiera quedarse, nos vendría muy bien porque necesitamos a alguien. Es tan fuerte que podríamos encomendarle cualquier cosa y además no hay riesgo de que bromea y entretenga a vuestras jóvenes hermanas.

—¡Por Dios, tienes razón! —replicó la abadesa— Averigua si sabe trabajar y, si así es, procura que se quede en el convento. Dale algún par de calzas, un capote viejo, trátalo bien, sé amable con él y no le escatimes la comida.

El hombre dijo que haría como ella mandaba y Masetto, que no estaba muy lejos y fingía estar ocupado barriendo el patio, no se perdió ni una palabra de aquella conversación. Muy contento,

se decía: «Si me dejáis entrar, os labraré el huerto como nunca antes nadie lo hizo».

El administrador, pues, lo puso a prueba y vio que se las arreglaba muy bien, así que le preguntó con señas si quería quedarse y él le dio a entender que obedecería sin dudar. Entonces el hombre le mostró lo que debía hacer y se marchó para ocuparse de otros asuntos, dejándolo encargado de trabajar el huerto.

Pasaron los días y, mientras Masetto se afanaba en su trabajo, las monjas empezaron a molestarlo y a burlarse de él, como suele hacer la gente con los sordomudos. Le decían las peores palabras del mundo, las más crueles y maliciosas, convencidas de que no se enteraba de nada. Y la abadesa, pensando quizá que del mismo modo que estaba sin habla, también carecía de otro tipo de vigor, lo dejaba pasar sin darle mayor importancia. Un día, Masetto estaba descansando después de haber trabajado mucho, cuando dos monjas muy jóvenes que paseaban por el jardín se le acercaron y empezaron a mirarlo mientras él fingía dormir. La más atrevida de las dos dijo entonces a la otra:

—Si estuviera segura de que me creerías, te confesaría una cosa en la que a veces pienso y que quizás podría resultarte útil también a ti.

—Dilo sin reparos. Sabré guardar el secreto —respondió la otra. Entonces la primera comenzó:

—No sé si alguna vez has reflexionado sobre todas las restricciones a las que estamos sometidas. Aquí dentro ningún hombre osa entrar salvo el administrador, que es viejo, y este, que es sordomudo: el resto, solo mujeres. Pero he oído decir a algunas de estas mujeres que todos los placeres del mundo no son nada comparados con lo que se siente estando con un hombre. Por eso, más de una vez se me ha pasado por la cabeza la idea de comprobar si realmente es así; y dado que con otros no es posible, he pensado probar con este pobre mudo. Al fin y al cabo, aunque quisiera, no podría ir contándolo por ahí. Además, ¿no ves qué tonto es? Ha crecido en cuerpo, pero no en juicio. Pues bien, ¿qué te parece mi idea?





El valle del descanso,
de John Everett Millais.

—¿Qué dices? —replicó la otra, muy turbada— ¿No sabes que prometimos nuestra virginidad al Señor?

—Si es por eso —contestó la otra prontamente—, ¡cuántas promesas se hacen cada día que luego no se cumplen! Si nosotras hicimos esa promesa, Él encontrará a otras que la mantengan.

Entonces la compañera le preguntó:

—¿Y si nos quedamos embarazadas? ¿Cómo salimos de esa?

A lo que aquella respondió:

—¿Vas a empezar a pensar en desgracias antes de que ocurran? Cuando suceda, si sucede, ya lo pensaremos. Habrá mil maneras de que no se sepa, siempre que nosotras no digamos nada.

A estas palabras la monja, a la que ya le habían entrado aún más ganas que a la primera de probar qué clase de bestia era un hombre, quiso saber:

—Entonces, ¿cómo lo haremos?

—Es la hora del descanso de la tarde, la nona —respondió la primera—, y las hermanas estarán todas durmiendo salvo nosotras. Revisemos bien que no haya nadie por aquí y, si es así, no tenemos más que tomarlo de la mano y llevarlo a aquel cobertizo donde suele refugiarse cuando llueve. Una entrará con él y la otra se quedará fuera montando guardia. Ya verás, este es tan simple que hará todo lo que queramos.

Masetto escuchó toda la conversación y, muy dispuesto a obedecer, no esperaba otra cosa que ser tomado de la mano por alguna de las jóvenes. Estas comprobaron que no hubiera nadie cerca que pudiera verlas y, cuando estuvieron seguras, la que había hablado primero se acercó a Masetto y lo despertó. El joven se levantó enseguida y la monja lo tomó de la mano con gestos zalameros; mientras él se reía como si fuera tonto, lo llevó hasta el cobertizo, donde obtuvo de él lo que deseaba sin tener que rogarle demasiado. Después de haber tenido lo que deseaba, como leal compañera cedió el turno a la otra, a quien Masetto, siempre fingiéndose tonto, también complació en todo. Antes de marcharse, ambas quisieron probar varias veces cómo «cabalgaba» el hortelano y cuando al fin quedaron satisfechas, convinieron en que era realmente lo más

dulce del mundo, tal como habían oído decir e incluso más. Desde entonces, no dejaron de aprovechar cuantas ocasiones se les presentaban para divertirse con él.

Un día una de las hermanas, al ver lo que estaban haciendo desde una ventanilla de su celda, se lo mostró a otras dos. La primera reacción fue querer denunciarlo todo a la abadesa; luego lo pensaron mejor y decidieron ponerse de acuerdo con las culpables para poder disfrutar ellas también de los frutos del trabajo del hortelano. Después, en distintos momentos y ocasiones, incluso las tres monjas restantes del convento se unieron a las demás. La abadesa no se había dado cuenta de nada hasta que un día muy caluroso, mientras paseaba sola por el jardín, encontró a Masetto plácidamente dormido a la sombra de un almendro, ya que el excesivo «cabalgar» durante la noche lo hacía menos resistente a las fatigas del día. El viento le había levantado la ropa por delante y así estaba totalmente destapado: la mujer, al verlo, asegurándose de que no hubiera nadie cerca, cayó en la misma tentación en que habían caído sus monjas. Despertó a Masetto y lo llevó a su celda, donde lo retuvo durante varios días con grandes quejas de las demás, que preguntaban por qué el jardinero ya no venía a trabajar en el huerto. De este modo, incluso la abadesa probó una y otra vez aquella dulzura que tantas veces había condenado severamente.

Finalmente, decidió dejar que Masetto volviera a su estancia, aunque después lo reclamó muy a menudo y, al ser la superiora, le exigía mucho más que todas las otras hermanas. Sin embargo, Masetto no podía seguir satisfaciendo a tantas mujeres y comprendió que, si continuaba fingiéndose mudo, aquello acabaría por causarle un serio perjuicio. Por ello una noche, estando con la abadesa, soltó la lengua como si se le acabara de cortar el frenillo y empezó a decir:

—Señora, he oído decir que un gallo basta y sobra para diez gallinas, pero que diez hombres apenas logran satisfacer a una mujer. ¡Figúrese yo, que tengo que contentar a nueve! Por todo lo que he hecho hasta ahora, estoy tan rendido que ya no me siento capaz de nada, ni mucho ni poco. Así que, o me dejáis marchar con Dios, o encontráis la manera de poner un límite a esto.

Al oír hablar a este hombre que ella creía mudo, la mujer se quedó atónita y balbuceó:

—Pero... ¿cómo? ¡Creía que eras mudo!

—Señora —respondió él—, sí lo era, aunque no de nacimiento, sino a causa de una enfermedad que desde hace tiempo me quitó el habla. Esta noche por primera vez he sentido que me ha vuelto y por ello doy gracias a Nuestro Señor.

La abadesa quiso creerle, pero quiso también saber qué quería decir con aquello de que debía satisfacer a nueve mujeres. Masetto se lo explicó y entonces ella comprendió que en el monasterio no había monja que no fuera mucho más lista que ella y con gran discreción, sin dejar marchar al hortelano, comenzó a pensar cómo se podría resolver el asunto sin que se viera comprometido el buen nombre del convento. Puesto que precisamente en aquellos días había muerto el viejo administrador, de común acuerdo hicieron correr la voz de que, gracias a sus oraciones y a la intercesión del santo patrono del convento, después de tanto tiempo su jardinero había recobrado el habla. De este modo, Masetto fue nombrado nuevo administrador y las monjas pudieron seguir repartiéndose sus esfuerzos, pero de tal manera que él pudiera soportarlas. Y aquellos trabajos, naturalmente, acabaron por engendrar no pocos monjecillos, pero todo se trató con tanta discreción que jamás llegó a saberse nada hasta después de la muerte de la abadesa. Para entonces, Masetto ya estaba entrado en años y deseaba volver a su casa con los ahorros acumulados, cosa que se le permitió fácilmente cuando se supo.

Así fue como, con el hacha al hombro, regresó viejo, rico y padre al lugar de donde venía, pero sin tener que cargar con los gastos de criar a sus hijos. Había sido astuto y había sabido aprovechar bien su juventud, pues, como solía decir: «Así trata Cristo a quien le pone cuernos en la corona». 🐂



CATERINA (v, 4)

*Aprende a templar los ardores
de la juventud gracias
al canto de un ruiñeñor*



ONCLUIDO EL RELATO ANTERIOR, la reina de la jornada exhortó a Filóstrato a que contara él un cuento. El joven, sonriendo, comenzó así:

—Muchas de vosotras me habéis reprochado a menudo que, durante la jornada de mi reinado, os obligué a hablar de cosas crueles y os hice llorar, así que ahora quiero enmendar y que escuchéis algo que os haga reír. Por eso he decidido contaros una breve historia en la que un amor, obstaculizado solo por unos cuantos suspiros y un poco de miedo mezclado con vergüenza, tuvo un final feliz.

Debéis saber, virtuosas señoras, que no ha pasado mucho tiempo desde cuando vivió en Romaña un caballero muy honrado y educado, llamado Lizio de Valbona. Inesperadamente y ya en edad avanzada, tuvo una hija de su esposa Giacomina, a quien llamaron Caterina. Al crecer, la muchacha se convirtió en la más bella y agraciada de toda la ciudad; puesto que era la única hija que les quedaba, era sumamente querida por sus padres, quienes la vigilaban con extrema diligencia para preservar su reputación y así poder acordar un matrimonio ventajoso. Pensad que, aunque ya no era una niña, seguía durmiendo en el cuarto de su madre, que la vigilaba incluso durante la noche.

Ahora bien, Caterina frecuentaba muy a menudo la casa de los Valbona, deteniéndose mucho tiempo con el dueño de casa, un joven bello y apuesto de la familia de los Manardi de Bertinoro, cuyo nombre era Riccardo. A don Lizio y a su esposa no se les ocurría siquiera



El mensajero del amor (1885),
de Marie Spartali Stillman.

que este pudiera representar una amenaza para la virtud de su Caterina, porque lo consideraban de la familia —casi como un hijo— y por tanto no se preocupaban de mantenerlo alejado de ella, ni mucho menos de evitar que los dos se encontraran. Así fue como Riccardo, al ver con tanta frecuencia a aquella joven bellísima, elegante, de costumbres encomiables y ya en edad de casarse, perdió la cabeza por ella, pero logró mantener cautamente oculto su sentimiento. Caterina, sin embargo, se dio cuenta de que era deseada y aquello no le desagradó en absoluto; al contrario, ella también se enamoró con igual pasión, lo que causó gran alegría a Riccardo.

Muchas veces él había querido hablarle y revelarle lo que sentía, pero siempre se había callado, inseguro de cómo se lo tomaría ella; un día, presentándosele una buena ocasión, armado de valor le dijo:

—Caterina, te ruego que no me hagas morir de amor.

A lo que ella, sin dudar, respondió:

—¡Dios quiera que no seas tú quien me haga morir a mí!

Esta respuesta agradó mucho al joven y lo volvió más atrevido, por lo que le dijo:

—Yo nunca dejaré de hacer lo que te agrada, pero eres tú quien debe encontrar el modo de salvar mi vida y la tuya para que no muramos de amor.

La muchacha entonces respondió:

—Riccardo, tú sabes cómo me vigilan estrechamente, por eso no sé de qué manera podrías venir a verme. Pero si se te ocurre algo que yo pueda hacer sin deshonrarme, dímelo y sin duda lo haré.

Y él, que ya había pensado en todas las posibilidades, dijo:

—Dulce Caterina, no veo otra vía que esta: si una noche tú, con cualquier excusa, pudieras acercarte o ir a dormir en la terraza que da al jardín de tu padre y me avisaras, yo me las arreglaría para subir, por muy alto que esté.

—Si tienes el valor de llegar hasta allí —replicó ella—, encontraré el modo de ir a dormir donde me dices.

El joven dijo que sí y, tras un solo beso fugaz, se marchó.

El día siguiente, teniendo en cuenta que ya estaba terminando el mes de mayo, Caterina comenzó a quejarse con su madre de que

la noche pasada no había logrado dormir por culpa del calor sofocante.

—Hija mía —se extrañó doña Giacomina—, ¿pero de qué calor me hablas? ¡No hace calor en absoluto!

—Madre mía —se apresuró a replicar la joven—, deberíais añadir «a mi parecer» y entonces quizás diríais la verdad, porque es bien sabido que las muchachas suelen tener más calor que las mujeres entradas en años.

—Hija mía, eso es cierto —respondió la mujer—. Pero yo no puedo hacer que venga el calor o el frío a mi antojo, como quizás tú quisieras. El tiempo hay que tomarlo como viene, con lo que trae cada estación. De todos modos, puede ser que esta noche haga más fresco y que puedas dormir mejor.

—¡Ojalá fuera así! —replicó Caterina—. Pero, al acercarse el verano, no creo que las noches se vayan refrescando.

—Entonces —le preguntó la madre—, ¿qué querrías hacer?

Respondió Caterina:

—Con vuestro permiso y el de mi padre, había pensado en hacer llevar una camita a la terraza que está al lado de su habitación y que da a su jardín. Si pasara la noche allí, en ese lugar más fresco y oyendo cantar al rui señor, seguramente descansaría mejor que en vuestra alcoba.

La madre entonces dijo:

—Tranquila, hijita. Hablaré con tu padre y haremos lo que él decida.

Al escuchar de su esposa aquella petición, don Lizio, que quizás por ser viejo solía estar siempre de mal genio, estalló:

—¿¡Pero qué rui señor es este con cuyo canto nuestra hija quiere dormirse!? Si no para con estas ocurrencias, ¡la haré dormir yo al son de las cigarras!

Caterina, enterada de la respuesta del padre, persistió en su propósito. La noche siguiente, aunque la temperatura no era en absoluto excesiva, no solo no durmió, sino que también mantuvo despierta a su madre, quejándose continuamente del calor insostenible. Así que por la mañana, doña Giacomina, que no había pegado ojo, fue donde su marido y le dijo:



Romeo y Julieta (1885),
de Frank Bernard Dicksee.

—Realmente le tenéis poco cariño a vuestra hija. ¿Qué molestia os causa si quiere dormir en la terraza? Toda la noche, pobrecita, no encontró paz ni por un momento a causa del calor. Además, ¿por qué os extrañáis de que le guste tanto oír cantar al ruiseñor? Aún es joven-cita y a esa edad es normal que desee aquello que más se le parece.

—¡Está bien! —dijo don Lizio al oír aquellas palabras—. Haced llevar a la terraza una cama que allí quepa y preparadla como es debido, rodeándola de alguna tela ligera que haga de cortina, para que duerma allí y oiga cantar al ruiseñor cuanto le plazca.

La joven, al saber que su padre había accedido, mandó preparar de inmediato la cama tal como él había ordenado. Luego aguardó largo rato hasta ver por fin pasar a Riccardo, que con la señal convenida supo lo que debía hacer. Cuando llegó la hora de acostarse, don Lizio, tras asegurarse de que su hija estaba acostada, cerró la puerta que comunicaba su alcoba con la terraza y se fue también a dormir. Riccardo, en cuanto no hubo más ruido en la casa, con la ayuda de una escala saltó el muro que cercaba el jardín; después, con gran esfuerzo y peligro de caerse, trepando por las piedras salientes de los muros del edificio logró alcanzar la terraza donde Caterina lo recibió silenciosamente pero con mucha alegría. Después de besarse largamente, se acostaron juntos y durante toda la noche gozaron el uno del otro, haciendo cantar una y otra vez al ruiseñor.

Pero la noche es breve cuando el placer es grande, y ni siquiera advirtieron que el día se acercaba; rendidos, se quedaron dormidos tal como estaban, o sea desnudos. Caterina estaba abrazada a Riccardo, con el brazo derecho bajo su cuello y la mano izquierda sujetándolo por aquella parte que a vosotras, señoras, más os avergüenza nombrar cuando estáis en presencia de hombres.

Mientras seguían durmiendo de aquella guisa, amaneció y don Lizio se levantó. Y acordándose de que su hija estaba en el balcón, abrió despacio la puerta diciendo para sí: «Vamos a ver cómo ha hecho dormir esta noche el ruiseñor a Caterina». Salió en silencio al balcón, alzó la cortina de la cama y vio a los dos desnudos y destapados, abrazados del modo que ya os he dicho. Tras reconocer a Riccardo, don Lizio se fue a la alcoba de su mujer, la despertó y le dijo:

—¡Levántate, pronto! Ven a ver, que a tu hija le gustaba tanto el rui señor que ha conseguido atraparlo y ahora lo tiene en la mano.

—¿Cómo es posible? —dijo la mujer.

—Lo verás con tus propios ojos, si te das prisa.

Doña Giacomina se vistió entonces a toda prisa y siguió a su marido hasta la terraza; allí, al levantar la cortina comprobó que en efecto su hija había atrapado aquel rui señor que tanto deseaba oír cantar y lo tenía bien cogido en la mano. Al sentirse engañada por Riccardo, tuvo ganas de gritar e insultarlo, pero su marido le dijo:

—Mujer, si aprecias mi amor, cuida de no decir ni una palabra. Pues bien, ya que nuestra hija lo ha tomado, suyo será: Riccardo es un gentilhombre y además un joven rico así que nos conviene tenerlo como pariente. Si quiere marcharse de aquí de buenas y en paz conmigo, antes tendrá que casarse con ella, así resultará que ha metido el rui señor en su propia jaula y no en la ajena.

Estas palabras consolaron a doña Giacomina, que se quedó callada, sobre todo porque su marido parecía no habérselo tomado a mal y porque, al fin y al cabo, su hija había pasado una buena noche, había descansado y además había cazado el rui señor.

Pocos instantes después Riccardo despertó y, al ver que el sol estaba ya alto, pensó que todo estaba perdido. Llamó de inmediato a Caterina y le dijo:

—¡Ay de mí! ¡Alma mía, ya es de día y yo sigo aquí! ¿Qué vamos a hacer?

Entonces don Lizio levantó de nuevo la cortina y exclamó:

—Vamos a hacerlo bien...

Cuando Riccardo se lo encontró delante, le pareció que le arrancaban el corazón del pecho. Incorporándose en la cama, le dijo:

—Señor, tened piedad, por el amor de Dios. Sé muy bien que he sido desleal, que he traicionado vuestra confianza y que merecería la muerte por ello: haced de mí lo que queráis, pero os suplico que me perdonéis la vida, si podéis.

—Riccardo —replicó don Lizio—, esto yo no me lo merecía, con todo el afecto que te tenía y la confianza que había puesto en ti; pero lo hecho, hecho está, y ocurrió debido a tu juventud. De

modo que, si quieres evitarte la muerte y ahorrarme a mí la vergüenza, toma a Caterina por legítima esposa para que, así como ha sido tuya esta noche, lo siga siendo mientras viva. De este modo me darás a mí la paz y a ti mismo la salvación. Y si no quieres hacer lo que te digo, encomienda tu alma a Dios.

Durante la conversación de ambos, Caterina, que había soltado el ruiñeñor y se había tapado como mejor podía, rompió a llorar y a suplicar a su padre que perdonase a Riccardo; y al mismo tiempo rogó a este que hiciera lo que don Lizio le había ordenado, para poder gozar con toda tranquilidad de muchas otras noches tan agradables como la recién pasada. Pero no hicieron falta muchas súplicas para convencer a Riccardo, que deseaba reparar de algún modo la falta cometida porque le remordía la conciencia. Además, tenía miedo de morir y ganas de vivir y, ardiendo aún de pasión, no deseaba otra cosa que poseer legítimamente a aquella joven. Por ello, sin vacilar, declaró al padre de ella que estaba más que dispuesto a hacer cuanto se le pedía.

Entonces don Lizio pidió prestado a su mujer uno de sus anillos y se lo entregó a Riccardo; y tal como estaban, este desposó a Caterina en presencia de sus padres. Hecho esto, don Lizio se retiró junto con su esposa, diciéndoles:

—Ahora descansad, que lo necesitáis más que levantaros.

Apenas se hubieron marchado los padres de ella, los dos volvieron a abrazarse y, ya que durante la noche no habían caminado más que seis millas, recorrieron todavía un par más antes de que concluyera su primer día de matrimonio. Una vez levantados, Riccardo habló con don Lizio detenidamente y con mayor calma. Pocos días después volvió a casarse con la joven como era debido: celebraron unas bodas hermosas y honorables en presencia de amigos y parientes, y el esposo se llevó a la dama a su casa con gran fiesta. Desde entonces, tranquila y plenamente satisfechos, durante mucho tiempo Riccardo y Caterina salieron a cazar ruiñeñores cuantas veces quisieron, tanto de día como de noche. 🐾